

## 14. Un “yo” desganado

El Papa Francisco, en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nos recuerda que “el tiempo es superior al espacio” (EG 222). Escribe: “Dar prioridad al tiempo significa ocuparse de *iniciar procesos más que de poseer espacios*” (EG 223).

El todo-rápido de la cultura dominante de hoy es una ilusión de posesión de la realidad espacio-temporal. Un detalle poseído ahora, un instante poseído rápidamente, da la ilusión de poseer el infinito y lo eterno *sin desearlo*, sin esperarlo, es decir, sin abrirse, sin abrir el corazón y la vida a un abrazo de la realidad que no se encierra en nosotros mismos, porque la realidad es infinitamente más grande que nosotros. Sin embargo, el hombre ha sido creado de tal modo que pueda ser capaz de poseer precisamente a través del deseo, a través de la apertura a lo que le supera, a lo que no puede tener entre sus manos. Y es precisamente la conciencia del yo como deseo del infinito la que parece socavada por el funcionamiento de la cultura contemporánea. Se vive inconsciente de uno mismo, inconsciente de que la pregunta sobre el sentido hace grande la vida, le da gusto, belleza, felicidad.

En la novela de Shūsaku Endō, *Silencio*, cuando el P. Rodríguez encuentra finalmente al padre Ferreira, que ha abjurado, y percibe toda su confusión mental y espiritual, en un cierto momento le pregunta por sorpresa: “¿Es usted feliz?”. Y Ferreira, cogido por sorpresa por esta pregunta, responde: “Feliz...: ¿Quién?”. Y Rodríguez tiene que recordárselo: “Usted” (Shūsaku Endō, *Silencio*, EspaEbook, p. 545).

Endō consigue, con dos pinceladas brevísimas, dibujar la pérdida del sentido del yo en el que puede sumirse una persona que traiciona el deseo de felicidad que daba sentido a toda su vida, a su vocación y misión. Es precisamente lo contrario de la escena que describe san Benito en el Prólogo, donde aparece Dios gritando a la multitud “¿Quién quiere la vida? ¿Quién desea la felicidad?”, y un hombre responde “¡Yo!”. El Padre Ferreira ya ni siquiera comprende que la pregunta sobre la felicidad va dirigida a él, que concierne a su persona, a su corazón.

Ferreira, se recupera de la sorpresa, o, si queremos, de su falta de preparación para defender su imagen, su máscara, de la flecha sutil, rapidísima, que es la pregunta sobre la felicidad. Consigue ponerse de nuevo la máscara, colocando delante del corazón herido por el deseo de la felicidad el escudo de una justificación ideológica, detrás del cual se siente fuerte, armado:

«-Por los ojos de Ferreira cruzó de nuevo un relámpago de desafío-: Eso depende de lo que cada uno entienda por felicidad.

‘Hace años no hablabas así...’ iba a decírselo [padre Rodríguez] pero su mismo enervamiento le cerró los labios. Él no estaba aquí para echarle en cara que había apostatado, que había traicionado a los suyos. No tenía la menor intención de hurgar con el dedo una llaga profunda que el otro escondía para que nadie la viera.» (ibidem)

Cuando se reduce el yo, se reduce el concepto de felicidad y viceversa. Decir: “Eso depende de lo que cada uno entienda por felicidad”, significa negar que la felicidad sea una experiencia más grande que el yo, es decir, que es dada, y que revela al yo que está hecho para esto que lo supera, para el infinito, y que, por lo tanto, también la medida del yo tiende al infinito. La verdadera felicidad concede al yo la experiencia de poseer el infinito, sin reducirlo a sí mismo. Sin embargo, una felicidad que dependa de lo que cada uno entienda por ésta no es experiencia de algo más grande que nosotros mismos, y esto reduce el yo encerrándolo en sí mismo, y encerrado en sí mismo se sofoca el yo, se hace inconsistente, hasta el punto de no saber afirmarse, responder “¡Yo!”, a la llamada a la vida y a la felicidad.

Todo lo contrario de la ascesis que san Benito propone desde el comienzo de su Regla, cuando promete que “al progresar en la vida monástica y en la fe, ensanchado el corazón (*dilatato corde*) por la dulzura de un amor inefable, vuela el alma por el camino de los mandamientos de Dios” (RB Pról. 49).

Últimamente he vuelto a releer, después de casi cuarenta años, una novela de Graham Greene que llevé al Instituto para el examen final de inglés, *A Burnt-Out Case, Un caso acabado*. El protagonista es un arquitecto famoso que huye de la fama y de las mujeres, asqueado de todo, buscando olvidarse de sí mismo en una leprosería de África. Un día confiesa al médico de la leprosería:

«-La auto expresión es algo duro y egoísta. Lo devora todo, inclusive el yo. Al fin descubre uno que ni siquiera tiene un yo que expresar. Ya no tengo interés en nada, doctor (...)”.

- ¿No tiene hijos? [le pregunta el médico].

- Los tuve, pero desaparecieron en el mundo hace mucho tiempo. No nos hemos mantenido en contacto. La auto expresión devora también al padre que hay en nosotros». (Graham Greene, *Un caso acabado*, Ed. Digital, ePub r1.0, Samarcanda, 2014, p. 143).

Esta pérdida del sentido del yo por parte del hombre que traiciona su deseo de felicidad, esta pérdida del yo maduro, adulto y fecundo que se expresa en la paternidad, la encontramos también en el Don Abundio de *Los novios*, un cura de pueblo que por miedo aceptó apoyar la prepotencia de un noble señor que quiso impedir el matrimonio de dos jóvenes novios, Renzo y Lucía. El genio de Alessandro Manzoni consigue dibujarlo en pocas pinceladas, por ejemplo, cuando el Cardenal Federigo Borromeo hace que lo busquen en la sala llena de sacerdotes, para enviarlo junto con el Innominado, un cruel malhechor recién convertido, a liberar a Lucía que había sido raptada:

“Salió de entre el gentío un: «¿Yo?»», desganado, con entonación de maravilla.

-¿No es vuestra merced el señor cura de \*\*\*? —siguió el capellán.

-Precisamente; pero...

-Su ilustrísima y reverendísima señoría desea verle.

-¿A mí?” (Cap XXIII).

Quien traiciona el deseo de felicidad que fue el origen de su misión, del sentido de su vida, no consigue colocar con certeza su yo frente a la realidad, no consigue decir “¡Yo!” con un punto exclamativo. Lo máximo que consigue es expresar, más por fuerza que por convicción, un “¿yo?” o un “¿mí?” apáticos, llenos de dudas, con un punto interrogativo que, incluso gráficamente, parece replegar sobre el yo el tímido, dudoso y forzado aparecer ante la realidad que lo interpela, que lo llama. Parece que Manzoni pensase justamente en la Regla de san Benito cuando escribe: “Salió de entre el gentío un: «¿Yo?», desganado”. Habla justamente de «gentío», aunque don Abundio solamente se encuentra en un saloncito de la casa de un párroco de pueblo lombardo en compañía de un pequeño grupo de sacerdotes. Don Abundio no quiere ser sustraído de la “*multitudo populi*” en la que se encontraba tranquilo, protegido por el anonimato, protegido por el no desear nada, por el no tener que responder a ninguno.